NATALIA DE SANTIAGO

M.O.N.E.Y.

ACADEMY

Y LA FUENTE DE LA ETERNA RIQUEZA



Ilustraciones de Anna Franquesa

DESTINO

NATALIA DE SANTIAGO

M.O.N.E.Y.
ACADEMY

Y LA FUENTE DE LA ETERNA RIQUEZA

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Natalia de Santiago, 2024
© de las ilustraciones de interior y cubierta: Anna Franquesa, 2024

© Editorial Planeta S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: enero de 2024
ISBN: 978-84-08-28042-2
Depósito legal: B. 882-2024
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



1
La Academia

—Lo vas a pasar fenomenal, ya verás.

Habría sonado más convincente si su padre se hubiera atrevido a mirarle a la cara, pero por lo visto tenía algo interesantísimo en la punta del zapato.

—De verdad, Carlos —siguió diciendo, concentradísimo en las serpentinas imaginarias que estaba dibujando con el pie en las baldosas del aeropuerto—, esto va a ser un... un... una...

«Una pesadilla», pensó Carlos, pero bastante tenía su padre con la que le iba a caer al volver a casa. Pocas veces había visto a su madre tan enfadada.

—Ya... sí... seguro, papá —dijo buscando algo a su alrededor que le pudiera salvar de esta situación tan incómoda.

La señorita Rothweiler seguía al teléfono, andando

de un lado a otro debajo del cartelón de PRÓXIMAS SALIDAS como un animal enjaulado. Tenía el pelo recogido en la nuca con un moño tan tirante que era difícil saber si siempre tenía esa expresión de agente del servicio secreto ruso o si era la coleta lo que no le dejaba mover la cara. Cada vez que pasaba cerca de ellos, se oían cosas como «inaceptable» y «para ayer», y Carlos no podía evitar preguntarse qué tipo de colegio manda a recibir a sus alumnos a una señora que parecía no haber sonreído en los últimos diez años.

—Creo que se está haciendo tarde —soltó a la desesperada—. Igual es mejor que nos vayamos despidiendo.

—Sí, sí, claro —dijo su padre mirándole, ahora sí, por el rabillo del ojo—. Cuídate mucho, campeón. Y llámanos en cuanto llegues, ¿vale?

—Sí, no te preocupes, os llamo. Dale un beso a mamá de mi parte.

—Mamá... —Su padre frunció el ceño como si algo le hubiera dado acidez—. Mándale muchos wasaps. Y fotos. Muchas fotos. Que vea que te lo estás pasando bien.

Carlos estaba seguro de que se lo iba a pasar de todo menos bien, pero ya era demasiado tarde para andar preocupándose por eso. Sin pensarlo más, se ajustó las correas de la mochila, le dio un beso a su padre y se colocó detrás de la señorita Rothweiler, al lado de otro

niño que parecía estar intentando volverse invisible por todos los medios.

—Hola —lo saludó Carlos sin querer darse la vuelta para ver si su padre se había ido ya.

El niño pegó tal brinco que casi se le caen las gafas.

—Perdona, no quería asustarte, tú también vas a la M.O.N.E.Y. Academy, ¿no?

El niño pestañeó dos veces a través de unos cristales de culo de vaso que le hacían los ojos enormes. Cualquiera hubiera dicho que lo último que esperaba de esta vida es que alguien le hablara.

—Empiezo este año —dijo muy bajito, como si ser nuevo fuera un pecado inconfesable—. Mis hermanos están ya en Mercados de derivados y Criptoactivos.

Levantó la vista tímidamente y señaló con la cabeza hacia un chico y una chica tres o cuatro años mayores que Carlos que estaban enfrascados haciendo algo en una *tablet*.

Al ver que Carlos no contestaba, el niño siguió:

—Ya sabes, el bachillerato en la M.O.N.E.Y. Academy...

En ese momento, los adolescentes estallaron en un «¡toma ya!» a todo volumen y chocaron los cinco con un saludo de rapero cutre.

—Te lo dije —exclamó el chico sin levantar la vista de la pantalla. Parecía recién salido de un anuncio de

pasta de dientes—. Ese *spread* estaba pidiendo a gritos un *short*.

—No te emociones. Cuando los fondos empiecen a soltar lastre, veremos si aguantan el *squeeze* —contestó la chica. A diferencia de su hermano, no se había peinado desde hacía por lo menos un siglo y llevaba las gafas sucias no, lo siguiente.

Carlos no tenía ni pajolera idea de qué estaban hablando, pero la señorita Rothweiler se materializó a su lado y no tuvo tiempo de seguir investigando.

—Ya estamos todos —dijo chasqueando los dedos sin separar el teléfono de la oreja—. Vamos, que nos está esperando el avión.

Carlos echó un último vistazo atrás, rezando por que su padre apareciera para decirle que todo había sido un error, que podían volver a casa y seguir con su vida como siempre.

Pero allí ya no había nadie.

Resignado, se colocó entre el niño de las gafas y sus hermanos, y se dispuso a seguir a la señorita Rothweiler, que ya estaba avanzando por el pasillo a grandes zancadas como si no tuviera un minuto que perder.

—¿Sabes que nosotros no vamos por el *check in* normal? La Academia tiene un hangar especial —le susurró el chaval de las gafas mientras todos se apresuraban para seguir el ritmo de la Rothweiler, que se-

guía ladrándole al teléfono sin preocuparse lo más mínimo por si los chicos seguían detrás de ella o no.

—Por cierto, yo soy Carlitos y ¿tú?

—Carlos —contestó Carlos.

—Sí, Carlos o Carlitos, lo que prefieras. Pero tú ¿cómo te llamas?

—No, es que yo también me llamo Carlos.

—¿Carlos? ¿En serio? —dijo Carlitos, con cara de que aquello eran malísimas noticias—. Empezamos bien, dos Carlos...

Carlos tardó unos segundos en darse cuenta de por qué el otro Carlos parecía tan decepcionado. Hasta que se le empezó a encender en el cerebro, cual luces de neón, todo el arsenal de motes que iban a tener que soportar: Carlos el Gafotas y Carlos el... ¿Tirillas? Eso como poco. Y como alguien se enterara de que había participado en las audiciones para el programa de baile de la tele... Si la cara de Carlitos era un poema, la de Carlos tampoco debía de andar lejos.

Desmoralizados, los niños siguieron a la señorita Rothweiler por un millón de pasillos y varios controles de seguridad, hasta que llegaron a una puerta de metal flanqueada por dos tipos enormes con brazos como muslos de velocirráptor.

La señorita Rothweiler colgó por fin el teléfono —un modelo que Carlos no había visto nunca, planísimo,

con una pantalla enorme y una resolución increíble— y empezó a enseñarles códigos a los de seguridad que los iban comprobando uno a uno con un escáner móvil.

Después de reconocerle las retinas, las puertas correderas se abrieron a cámara lenta. Eran de esas de película con grandes cilindros de acero que se encajaban unos con otros. Aquello parecía más una caja fuerte que un aeropuerto.

Carlos iba a seguir a la señorita Rothweiler, pero uno de los de seguridad se interpuso en su camino.

—¡Alto! —dijo gesticulando hacia el escáner—. La retina.

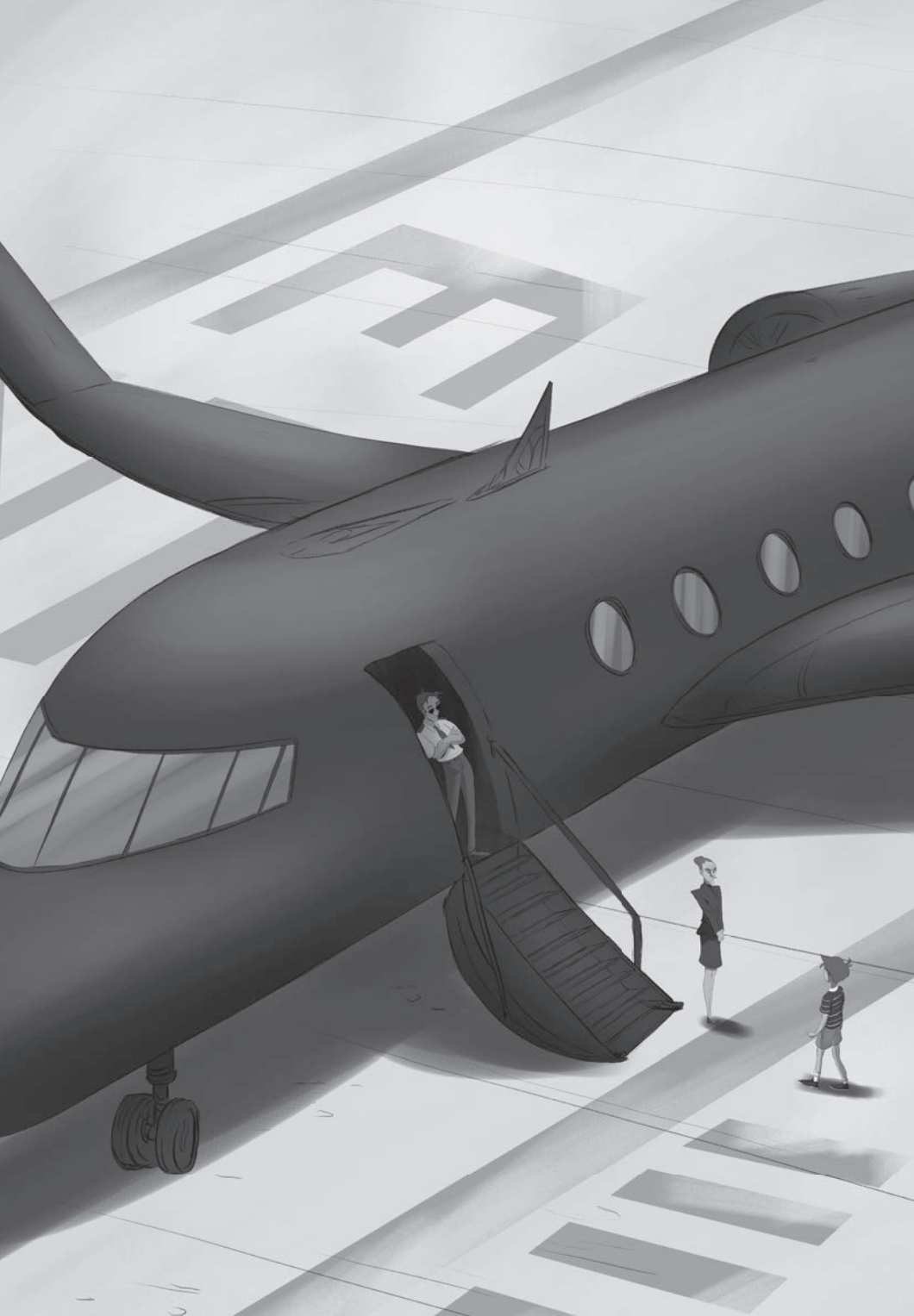
—No... yo no...

—¡La retina! —le interrumpió el otro blandiendo el aparato delante de Carlos, que casi se queda ciego con tanta luz verde.

Abrió la boca para explicarles que era nuevo y que nunca había estado allí, pero, para su sorpresa, el aparato pareció reconocerle y, después de un bip, el de seguridad le dejó pasar.

Carlos se quedó alucinado. ¿Cómo demonios tenía esta gente una copia de su retina?

Detrás de la puerta había un pasillo que daba al exterior, donde les esperaba un avión. No era muy grande y estaba pintado completamente de negro, sin ninguna letra ni ningún símbolo que lo identificara. Hasta



las ventanillas parecían estar tintadas. Y estaba reluciente, como si acabaran de sacarle brillo.

Al aproximarse la señorita Rothweiler, la escalerilla se abrió de manera automática y otro individuo de dimensiones desproporcionadas los recibió a bordo de lo que, clarísimamente, era un avión privado.

Solo de pensar en lo que debía costar montar todo ese tinglado para llevar a un puñado de niños al colegio se le revolvió el estómago. Le vinieron a la cabeza todas esas conversaciones nocturnas que sus padres pensaban que no había oído y todas las veces que su madre le había pedido a su padre que lo reconsiderara, que era mucho riesgo, que qué iba a pasar si no aprobaba y tenían que devolver el dinero de la beca.

Y su padre, siempre optimista:

—Es una oportunidad, María. ¿No te das cuenta? Solo cincuenta niños de todo el mundo tienen esta oportunidad cada año. ¿Te haces cargo? ¡Cincuenta! ¿Eso qué es? ¿El cero coma cero cero cero cero cero cero uno por ciento de la población?

—Y ¿eso es bueno? Quiero decir, ¿bueno para nuestro hijo?

—El mundo está cambiando, María, y los mercados están ganando. O conoces el juego o estás perdido. Cuanto antes lo aprenda, mejor.

—Pues yo no quiero que se convierta en un tiburón



como todos esos cretinos de tu trabajo. No te das cuenta, Dani, pero has cambiado. Te han sorbido el seso y ahora se lo van a sorber a Carlos también.

A juzgar por su cara de funeral, el otro Carlos debía de estar absorto en pensamientos igual de lúgubres. Sin mediar palabra, los dos chicos siguieron a la señorita Rothweiler al interior del avión. Por dentro era todo tan blanco que hasta daba cosa pisar la moqueta impoluta.

Cabizbajos, se sentaron detrás de los hermanos de Carlitos, que estaban saludando a unos adolescentes que debían de haber venido de otro sitio en el avión. Así estaban, venga a suspirar, cuando una cabecita repeinada apareció entre los respaldos de cuero blanco.

—¡Hola! —los saludó una niña que tenía los ojos casi tan negros como las dos trenzas que le colgaban a cada lado del cuello—. Vosotros también vais a primero, ¿no?

Antes de que pudieran contestar, otra cabeza idéntica se asomó por encima de la de su hermana.

—Claro que van a primero, mírales la cara de ajo que traen.

—Nosotras también —apostilló la otra—. En realidad, tendríamos que estar en el Centro de Natación Sincronizada de Benicasim, pero esta...

—¿Cómo que esta? ¡Si la culpa fue tuya!

—¿Mía?¡Mía! ¡Mira que tienes jeta! La que te adelantaste medio compás fuiste tú, que tienes el oído en el cu...

—Pero ¡qué dices! ¿Mal oído, yo? Tú lo que pasa es que...

Justo cuando parecía que se iban a enzarzar en una pelea de gallinero, debieron de recordar que no estaban solas y se volvieron hacia los chicos como si nada, con sendas sonrisas de oreja a oreja.

—Nosotras somos Luz... —dijo una.

—... y Luna —dijo la otra.

«Lo que faltaba», pensó Carlos. «Carlos, Carlitos, Luz y Luna...». Parecía una broma pesada, era como llegar al colegio pidiendo guerra. Pero a las niñas no parecía importarles.

—Nuestra madre trabaja en la Fundación Nakamoto —les explicó una—. Ya sabes, de Mullhogan, Ohlund y Na...

—... kamoto —la interrumpió la otra—. Como viaja mucho, vivimos con mi abuela.

—Pero como el señor Nakamoto es tan importante... —dijo la que tenía una paleta un poco rota y que pronto aprenderían a identificar como Luna.

—... nos ha conseguido la plaza en el último momento, por lo de la sincro...

Se miraron como si fueran a enfrentarse otra vez. Pero no.

—Al principio no queríamos venir —confesó Luna, la del diente roto.

—Pero mi abuela dice que es una oportunidad única —añadió Luz, con sus paletas intactas.

—¡E irrepetible! —exclamaron las dos al unísono.

«Nos la han colado a todos», pensó Carlos mientras los de seguridad, que parecían salidos de una escuela ilegal de boxeo, cerraban las escotillas para iniciar el despegue.

No le dio tiempo a pensar mucho más porque las gemelas, además de ser idénticas como dos gotas de agua —salvo por la paleta—, se habían aprendido el folleto de la M.O.N.E.Y. Academy de memoria, como si les fueran a hacer un examen al llegar.

El viaje se le hizo eterno, pero, gracias a ellas, cuando el avión comenzó a descender y empezaron a dibujarse unas islas diminutas en mitad del mar, Carlos ya sabía que aquello eran las No Name Islands, un archipiélago propiedad del Mullhogan Holding Inc., que se había asociado con el fondo Ohlund Ventures Ltd. y la Fundación Nakamoto para crear allí la academia más exclusiva del mundo. Una oportunidad única —e irrepetible, no nos olvidemos— para un puñado de niños escogidos entre los que, no sabía ni cómo ni por qué, se había colado él.

«Bueno, un año no es tanto», pensó escudriñando el

horizonte por la ventanilla. En un punto elevado de una de las islas empezaba a vislumbrarse entre las nubes el contorno de un edificio de cristal que parecía sacado de una película futurista. «Solo tengo que aprobar, aunque sea por los pelos. No puede ser tan difícil...».

Cuanto más se acercaban, menos fe tenía en sus propias palabras.